Año I — Núm. 4. | 10 CENTAVOS | Viernes 15 de Abril de 1921.

la Antorcha

SEMANARIO

Correspondencia y Valores: [illegible] Agüero [illegible] BUENOS AIRES

¡Sostengamos la finalidad!

Estimamos en lo que vale la institución de sindicatos obreros de resistencia. Nosotros mismos hemos insistido, e insistiremos siempre para su creación. Nos agradan los sindicatos que ofrecen una resistencia firme, y no son reacios a la solidaridad, por costosa que sea. Nos agradan los sindicatos que tienen una vista amplia, y los que abandonando las tácticas de la resistencia pasiva, comprenden ya la ocupación de las fábricas, o a lo menos las comprenden dentro de una real táctica emancipadora, que será una acción más grande y de más aliento. Nos agradan aquellos que son fuertes para la lucha, sostenidos por un firme corazón; aquellos que hacen frente, no sólo a los conflictos con el burgués, sino a la cuestión toda entera. Nos agradan cuando tienen menos trabas o reglamentos, cuando son más libres, cuando no exigen tarjetas a la entrada, o recibos para exponer sus asuntos o sus ideas. Nos agrada cuando no se cierran entre sindicados tan solo, al día con sus cuotas; cuando creen que las reales cuestiones deben ser tratadas por los proletarios todos; cuando se proclama el acceso de todos, y no se cree que la solidaridad, ni el compañerismo, ni otra cosa alguna, deben ser únicamente un privilegio entre sindicados. Nos agrada, en fin, cuando el sindicato se pone a trabajar para la gran obra general; cuando se dice, con perfecta convicción: "no estamos aquí, ni es nuestro objeto, conseguir, por cualquier medio, nuestro beneficio particular, sino que estamos, como todos los otros sindicatos, [illegible] todos los demás agrupamientos, todos los otros camaradas o amigos, para entrar también a la gran lucha, y seguir lo que ella exija a los elementos revolucionarios". Cuando así se plantea un sindicato, él nos agrada, y nos parece un gran triunfo para los trabajadores que forman parte de él.

El término obrero, entre los explotados, los oprimidos por la burguesía y la sociedad, no es tan despectivo; por eso la causa obrera gana adeptos, y ella no parece en manera alguna deprimente. Pero, es deprimente. Cuando se forma un sindicato de causa obrera solamente, y que pretende que no debe responder a una causa ideológica más grande, o que ésta es contraria a la referida causa obrera, que ha de llenar todos los fines del sindicato y de los obreros, es un gran fracaso, un verdadero desastre para los trabajadores que forman parte de él.

Como el término no resulta despectivo en el obrero, porque realiza las funciones de productor, no se da cuenta que esta causa no es más que la causa de la esclavitud en que vive, y que le yergue contra una concepción más amplia, y mucho más honrosa, de la misma causa de él. Si usáramos el término de prostitución, que éste, sí, es despectivo — no diferenciándose, sin embargo, la prostituta del obrero, sino en la función que realiza bajo la tiranía y la explotación —, nadie osaría afirmar, contra la idea anarquista, que la causa de las prostitutas debe ser una causa de prostitución solamente, como se ha afirmado de la causa obrera. Y si hay una desgraciada causa de prostitución, puesto que hay prostitutas, como hay una causa obrera, porque hay obreros, nadie negará que estará mejor encarada y mejor resuelta por aquella causa que en más altos términos haga de la mujer un ser de dignidad, de razón y de conciencia. Y si una agrupación de prostitutas se inspira y se defiende ya por esta causa, será un triunfo para ellas, como lo es para los sindicatos que ya se inspiran y se han definido por el comunismo anárquico.

[illegible] de la causa del comunismo anárquico en los gremios, es una frontera levantada contra el progreso ulterior de los sindicatos.

Y no le encontramos sentido ninguno al autoritarismo que quisiera protestar por nuestra imposición a los indefinidos y a los neutros, puesto que no resulta importante tomar la parte de éstos, y porque quiere hacerse la imposición de éstos a los anarquistas.

"Con la vara que mides..."

El dictador no es un hombre libre, por más que se tome todas las libertades contra la libertad de los hombres. Su dogma es el de la esclavitud. Y no se crea que este dogma es para ser aplicado a sus súbditos, y el principio de la libertad para sí mismo. No hay dos principios, sino uno solo, para el tirano: el de la esclavitud.

La apreciación que se haga de los demás hombres, el concepto que se tenga de ellos acerca de su aptitud para la libertad, no excede ni rebaja en nada al concepto que se forma de sí mismo. Bajo concepto es el que tienen de los pueblos, los tiranos, pero tal concepto no alcanza a fijar más que lo que ellos se aprecian ser.

He podido verificar que aquellos más apegados a la autoridad, más afanosos de destacar su jerarquía, y que están mayormente poseídos del derecho del más fuerte, por ser ellos los más fuertes, son, precisamente, los que más fácilmente, cuando pierden su autoridad, se rebaja su jerarquía, caen del poder o se deprime su derecho del más fuerte ante una fuerza mayor, aceptan que otros les hagan sufrir su autoridad, su jerarquía, o el peso de su dominio. Esto es lo que se ha visto siempre en el curso de la historia. Quien más quiere imponer la esclavitud a los hombres es el que más fácilmente se resigna, llegado el caso, a sufrirla. Pues su dogma, el dogma de todos los autoritarios, es el de la esclavitud. Bien se ha dicho: "Si quieres mandar, aprende a obedecer".

Con la vara que mides serás medido. Esto se cumple también para los tiranos. El concepto que éstos tengan sobre los demás, es el que merecen ellos a sus propios ojos. Ven a los demás a través de sí mismos. Rota la base sobre la que asientan su "derecho del más fuerte", cuando dejan de serlo, se inclinan sumisos, se resignan y aceptan la esclavitud. Y esto es incontrovertible: el tirano, cuando el caso llegue, aceptará ser esclavo.

Es que el tirano, por más libertades [illegible] opuesto a un hombre libre, porque la libertad de un hombre, como la de todos, se afirma en la libertad de los demás y no en su desconocimiento. Respetarla en los demás, es afianzarla en nosotros. Debemos, pues, dignificarnos, tratando de dignificar a nuestros iguales, y no rebajarlos a la condición de esclavos. Los hombres libres deben tratar como tales a todos los hombres, y no considerar a nadie como esclavo, y por eso no deben propender a la dictadura, ni ningún otro género de autoridad, sino a destruirla, pues el dogma de todos los autoritarios no es otro que el de la esclavitud, en cuya conservación se empeñan.

LA PALABRA

Quiérese poner en las palabras, todas las ansias que nos agitan, todas las [illegible] que nos inflaman, [illegible] que nos alientan y los [illegible] anotar.

Quiérese también [illegible] en los pechos [illegible] amores y odios [illegible] fe.

[illegible]

Y que en este invierno verbo, en el riguroso desolado de este frío destructor que nos rodea y nos domina, arrasando los campos y destruyendo los brotes, sean nuestras palabras sólidas, ardientes ra[illegible]

Y será la acción arado que cave hondos surcos de vida sobre este yermo infecundo, en donde cae la palabra como una semilla muerta.

Raúl VANDER.

TERRORISMO POLICIAL

El terrorismo es un excelente filón, a cuya explotación se dedican con empeño la prensa burguesa y la policía. Tanto la una como la otra se lamentan de que no se pueda llevar una acción mejor y más enérgica, y todas sus lamentaciones van, como siempre, a un fin único: el aumento de personal, y el aumento también de las atribuciones policiales.

Y a este objeto, si el terrorismo no existe, es necesario crearlo. La policía es un poder que busca su máxima expansión, y todo lo que lleve a ese resultado es puesto en obra. Y el terrorismo es un excelente medio para alcanzar tal fin. Cunde el espanto entre los privilegiados, quienes no atinan más que a dar mayor poder, atribuciones ilimitadas a la policía. De aquí que ésta sea la primera interesada en que el terrorismo no desaparezca.

La policía es siempre la que inicia el terrorismo; los primeros pasos hacia él son los suyos. Comienza por colocar bombas amaestradas, cuyas mechas se apagan oportunamente porque siempre hay cerca un hombre providencial, casi siempre un vigilante, que impide su estallido. Siguen después los allanamientos de habitaciones, donde todo está preparado de antemano para el "descubrimiento" de un arsenal terrorífico. Se detiene luego a unos cuantos sospechosos, que se procura sean anarquistas conocidos, y se les procesa por terrorismo cargándoles en cuenta las bombas amaestradas. Pero como todo esto no alcanza a sembrar el espanto, es necesario intensificar el terrorismo, haciendo que las bombas estallen realmente, haciendo simples destrozos en los edificios, primeramente, y causando después alguna víctima, cuanto más inocente mejor. Todo está sostenido en un plan sabiamente combinado, a cuya ejecución la prensa contribuye, difundiendo la alarma, agravando los hechos, alargando sus proyecciones y haciendo hincapié en que los atentados han de repetirse y que los que se lamentan no son más que los primeros de la serie. Y como coronamiento aparece siempre el grito: ¡más personal, mayores atribuciones!

Un nuevo atentado se ha producido días pasados contra una fidelería. La policía allanó muchísimos domicilios, detuvo a gran cantidad de sospechosos y les inició proceso. La prensa en coro hace elogios de la habilidad policial, y aprovecha la ocasión para reclamar más personal. "La Nación", que es la que más exigente se muestra, dice que la policía debiera procurarse más personal "pues fuera sobrada candidez pensar que ya terminaron para siempre esos atentados". ¡Cómo van a terminar si todavía existe la policía!

¡Ah! sí. El terrorismo es un excelente filón.

Pro petitorio

(Pronuncie la palabra con la boca chica, asemejándola lo más posible al modo de pronunciar de un burócrata, distinto de un obrero.)

Una sociedad obrera nos dirige una circular, que ha sido enviada también a todas las organizaciones obreras, para una reunión, en la cual se determinará una campaña que terminará *elevando al Congreso Argentino un petitorio de amnistía general para todos los presos por cuestiones sociales, el cual irá sellado por todas las organizaciones que tomen parte en esta campaña* pro huelga general; no, estamos equivocados: *pro petitorio!* Se llama a esta campaña, que es *pro petitorio*, campaña pro amnistía; y se la asimila a las campañas europeas, que son de agitación por la amnistía, pero *sin petitorio*, por afirmación de un completo descontento que puede ir en aumento y puede ser una advertencia para los gobernantes; y se afirma que ellos están convencidos que la única manera de libertar a los presos, es solicitando su libertad a los poderes constituídos. Y llama la atención una nota puesta al pie: las sociedades que no estén conformes con nuestra campaña (*pro petitorio*), no envíen delegados. Es decir: se niega sin más ni más el derecho a todas las sociedades de rechazar el petitorio y aceptar la campaña; la campaña es el pretexto, el petitorio es el objeto, y éste debe ser sostenido con mano firme, y con un autoritarismo que ya se advierte, para que no se deslice error entre los delegados. ¡Dónde estamos! ¡En la barranca! ¡Vaya con los compañeros de la barranca! ¡Vaya con sus terribles campañas *pro petitorio!* ¡Será bonito éste! ¡Mejor que el que presentaron al Congreso los sindicalistas, por la abolición de las leyes sociales! Será más bonito, pero no más amplio, pues éste quiere suprimir el efecto, y aquél ha querido suprimir ya las causas.

Se ha equivocado de puerta dicha sociedad obrera, como creemos que se ha equivocado de puerta también con las restantes sociedades obreras, aunque afirma que, *pro petitorio*, les conoce la psicología muy bien. Siempre cre el *pro petitorio*, que todos son *pro petitorios* también. Debió dirigirse a nosotros, si fuéramos socialistas, o siquiera comunistas. Entonces, habríamos respondido: "Mejor que enviar una nota, como resumen de vuestra campaña por enviarla, enviad un delegado de carne y hueso que hable de vuestro petitorio los 365 días del año, que no lo deje dormir, que lo recuerde siempre, allí, sentado en una banca entre esos diputados. Elegidnos diputados, emplead la campaña que vais a hacer en esto, que nosotros haremos de vuestro petitorio nuestro programa. Y también tenéis otro camino, aunque no creemos que os dé el resultado que os dará elegirnos a nosotros: todas las sociedades obreras podían empeñarse en sacar diputados a todos los presos. Pero, ya que entendéis que el camino parlamentario es bueno, y desistís de convocar a las organizaciones obreras para otra acción, que quizá las hundiría a ellas más y a los presos, no mandéis *petitorio*; mandad un hombre fijo, y mejor varios, que estén allí para ocuparse de eso, y de los demás casos particulares de que las organizaciones tendrán necesidad. Si tenéis un diputado, tendréis un *petitorio* de viva voz, que no dejará de sonar y calentar las orejas de sus colegas según vuestra intención. No os detengáis: el vuestro, por *petitorios*, es un parlamentarismo chico, es como el amor por cartas; el nuestro, por diputados, es el parlamentarismo grande; es como la declaración en persona..."

No debemos dejar de insistir en la afirmación que hace esta sociedad obrera a las restantes sociedades obreras: que ella ha encontrado el camino bueno, el camino apto, el camino eficaz, y que este camino es solicitar de los poderes constituídos, con los debidos sellos o legalizaciones en los *petitorios*. Este camino no ha existido siempre, pero a poco que se fije esa sociedad obrera, no es el que sigue el proletariado universalmente. ¡Y por qué no lo sigue! Porque, para ésta como para todas las reivindicaciones, él es una burla sangrienta a los proletarios. El proletariado toma el camino de las fábricas, el camino del gobierno y el camino de la vida social toda entera, pero no para hacer *petitorios*, sino para ocupar las primeras, derrocar al segundo, y tratar de cambiar radicalmente la tercera. Este es el camino que toma el proletariado, y prefiere caer o romperse en él, a pensar siquiera volver o afirmarse en el que ahora descubre esta sociedad obrera, con tan poca fortuna como verdadero desconocimiento de la psicología del movimiento proletario. Y, precisamente, vemos aparecer la Autoridad, la supresión de la oposición, etc., en aquellos partidos, como el socialista, que tratan de volver el movimiento proletario al camino de los *petitorios*. Como no ha escapado a esta sociedad obrera tampoco, hoy los tiempos son tales, que se necesita Autoridad para mantener a algunos en el camino de los *petitorios*, pues fuera los proletarios no quieren saber nada, y sus masas agitadas no se nutren ya con estas cosas.

El exceso de pobreza y el exceso de riqueza, el exceso de fuerza y el exceso de impotencia, el exceso de felicidad y el exceso de miseria, el exceso de lo superfluo y el exceso de privación de lo necesario, una ciencia fabulosa y una fabulosa ignorancia, el trabajo más penoso y la satisfacción sin esfuerzos, todos los géneros de belleza y de esplendor y la degradación más profunda de la existencia y del ser, éstos son los rasgos que caracterizan nuestra sociedad actual, que por la grandeza de sus contrastes sobrepuja a las épocas peores de esclavitud y de opresión política.

L. BUCHNER.

El derecho a la vida

Para qué engañarse voluntariamente? ¿Para qué negarse? Con todo, no hay una diferencia substancial con los burgueses. Estos son hombres lo mismo que nosotros. Toda la diferencia es que son hombres enriquecidos, y se portan o existen como tales. Si bien realizan la vida ociosa, inútiles si no los sirven, esto no quiere decir que si se vieran forzados no podrían servirse, lo mismo que todos los hombres. De hecho, cuando dejan de ser enriquecidos, caen en igual condición que nosotros. Quiere decir que no hay una real y verdadera separación de hombres inútiles por un lado, y por el otro de hombres necesarios y útiles. El hombre enriquecido gana el derecho a la ociosidad y la comodidad, y necesita del trabajador para vivir aquella vida de manos blancas que vive y que constituye su hermosa inutilidad. Pero, desengañémonos: el número mayor de trabajadores sólo es necesario para mantener el adelanto y todos los conforts de la civilización; pero dejaría de ser necesario si se retrocediera a estados atrás del lujo, las comodidades, las creaciones de la vida moderna. Sin palacios, sin edificios pavimentados, sin trenes, tranvías, cinemas, luz eléctrica, aguas corrientes, correos, telégrafos, arsenales, etc., dejarían de ser necesarios innúmeros trabajadores. Su necesidad es, pues, la necesidad de mantener o llevar adelante esto. Pero, podía ser todo ello repudiado por los burgueses. Amando el regreso a la barbarie, repugnando o repudiando servicios de otro hombre ninguno, podían renunciar a la explotación. Y entonces, ¿cuál sería la situación del trabajador? El trabajador podía no ser llamado más, y un suspiro de alivio podía henchir el pecho del burgués que había renunciado a la explotación. "Yo me hago mis zapatos, labro mi campo, mantengo mi choza" — diría éste. Pero, todos comprendemos que ésta no sería una solución. ¿Por qué? Porque los burgueses retendrían la propiedad de la tierra y los medios de producción, y porque no es la cuestión que los burgueses trabajen, cesando de ser ociosos, renunciando al servicio o la explotación, sino que los proletarios tengan el "derecho a la vida". Es así que en aquellas partes donde la burguesía está compuesta casi exclusivamente de pequeños propietarios, que hacen estos su trabajo, que no "explotan" a nadie, no puede ser más infausta la situación de los proletarios, y aparece en su verdadero aspecto el problema de que lo que el proletario debe exigir y conquistar, es el "derecho a la vida".

Tan unido está el proletariado a la vida moderna, que está peor donde se ausenta el servicio, la explotación, y perecería de inanición si la burguesía trabajara y se sirviera a sí misma, si no fuera perezosa y ociosa, ávida de apurar los placeres de la vida moderna y gozar de todos sus adelantos, arrastrando su preciosa inutilidad.

Seguramente el trabajador está convencido de su necesidad; pero no ha sabido ver que es necesario solamente para la vida moderna de ociosidad y explotación. Y cuantas veces hace una huelga, manifiesta su satisfacción contemplando a los burgueses obligados a servirse, por ausencia de su brazo. Pero, advierte, sin embargo, que esto no es una solución, y prolongándose mucho menos; advierte que hay otra cosa que urge y le impulsa a arrojarse sobre el burgués aunque trabaje, y es su "derecho a la vida", por el cual realmente se ha levantado, y que es todo el problema, la verdadera, la palpitante cuestión del proletariado.

Presenciamos el fracaso de un medio: la huelga, la huelga general pacífica, la huelga general sindicalista. Una huelga de esta especie desmonta la vida moderna, y retrotrae a los estados anteriores de marchar a pie o servirse a sí mismos. Los trabajadores confían en la necesidad de ser llamados, pero la burguesía se acostumbra muy bien a uno como a diez estados atrás de la brillante y artificiosa vida moderna. Su prolongación no es más que el eclipse de los adelantos o comodidades de ésta, y la aparición de un estado anterior de la sociedad. No perece ésta, como el sindicalismo suponía. Unicamente los ociosos son obligados a moverse, y soportan bien filosóficamente la incomodidad. Es uno de los tantos trabajos o dificultades de la vida, entre sus placeres. ¿Qué es, pues, lo que presencian los trabajadores? Una simple transformación que continúa la negación de su "derecho a la vida". Aun más: la idea hasta es apuntada: no llamar más a los trabajadores, no necesitar más a los trabajadores. Hacer sus zapatos, labrar su campo, mantener su choza... Este estado puede llegar, por más que sea grande la pereza o el odio al trabajo de los burgueses. Démonos cuenta que son hombres, hombres enriquecidos... Y entonces, ¿qué quedaría al trabajador?

¡Ah!, quedaría una cosa que no debía haberse olvidado y por la cual debía haberse levantado directamente el trabajador. Queda la revolución proletaria por el "derecho a la vida". El concepto anarquista de las acciones. Si los trabajadores dejan de ser necesarios porque los burgueses se hagan trabajadores o renuncien a la explotación, no pueden hacer huelga ¿verdad?, pero han de hacer esta revolución por el "derecho a la vida"; esta revolución profunda, radical y humana que está reclamando la actual composición de la sociedad!

DESALIENTOS

Un camarada dictador, que se siente desalentado en sus fuegos revolucionarios con nuestras exposiciones contra la dictadura, nos escribe: "¡Estáis haciendo imposible la revolución!"

¡No! La revolución es y debe ser posible. Ese camarada debe entenderlo así, para luchar de todas maneras por ella, aunque sea sin dictadura. Lo único que nosotros defraudamos, aquello que no será posible, si triunfa nuestro criterio, es la dictadura. Que se guarde este compañero de decir estas cosas, porque equivalen a decir que no nos acompañará en la revolución, porque entiende que sin dictadura la revolución no puede ser o no será revolución; que su fuego revolucionario se encuentra amenguado con esto. Su fuego revolucionario no debe sentirse amenazado con esto, o será más dictador que revolucionario, y entonces la revolución podrá contar muy poco con él. Es la sensación que da claro su grito y su carta.

En Rusia los anarquistas han acompañado en la revolución a los dictadores, a pesar de no ser dictadores, y de revolverse luego contra la dictadura; esto quiere decir que, de cualquier manera que sea, a pesar de sostener bien altas nuestras ideas, la revolución puede contar con nosotros. Y debe contar también con este compañero, o es que sólo la dictadura puede contar con él, y no podrá contar la revolución si no es dictadora.

—**—

Los obreros de la Forestal

ENTRE DOS PELIGROS

Un nuevo grito de horror se desata desde el fondo de las selvas chaqueñas, donde asienta "La Forestal" su empresa quebrachalera. Un fuerte viento de tragedia sopla.

Los obreros de esa empresa, arrojados de sus casas, perseguidos, apaleados y ametrallados por policías volantes y fuerzas del ejército, corridos a la selva, a la cual huyeron para ganar su salvación, están ahora acosados por un enemigo nuevo: la inundación, que los empuja a las bocas de los [illegible]. Están entre dos peligros, a cual mayor.

El desborde de los ríos inunda toda la zona en que están refugiados, en tanto que en los lindes de la selva les aguarda celosamente un cordón de policías dispuestos a la masacre. Huir de la inundación, como no se puede a menos, es entregarse a la fuerza criminal de las tropas que acechan pacientemente su presa. No puede ser peor, más angustiosa y terrible la situación de estos obreros: de un lado la amenaza de morir ahogados, y del otro, la amenaza de caer bajo las balas. Su alternativa es ésa. Y ante el peligro, su esperanza va al proletariado, del cual aguardan ansiosamente ayuda.

Yerbales, ingenios y cañaverales están sumidos habitualmente en un silencio como de muerte; las tragedias se suceden normalmente en ellos, cubiertas por cómplice silencio, el que de tanto en tanto es roto, y entonces se desparrama a los cuatro vientos el horror de tragedias como la que amenaza ahora. Ella golpea fuertemente el corazón de los obreros, exaltando su indignación, llamándolos a la solidaridad. ¿Acudirán al llamado de los hermanos en peligro? ¿Tratarán de impedir que la amenaza se cumpla? A esto responderán los gremios.

—**—

CONTRATO

"Para auxiliar a la mujer Ah-Ho, porque, viniendo de China, fué deudora del importe de su pasaje.

"Para pagar esta deuda, Ah-Ho pidió a Mr. Yee Kwan la suma de 630 dólares; por lo que Ah-Ho se compromete a entregar su cuerpo a Mr. Yee, por servicios de prostitución, por un término de cuatro años.

"Ah-Ho no recibirá ningún salario.

"Al terminar el plazo de cuatro años, Ah-Ho será libre.

"Si Ah-Ho se escapara antes de cumplir su contrato, su dueño la buscará, y todos los gastos que esto ocasione, serán pagados por Ah-Ho.

"En este día de contrato, Ah-Ho recibió en sus propias manos de Yee Kwan 630 dólares.

"Si durante el plazo fijado en el contrato, Ah-Ho enfermara por más de diez días, ella pagará los gastos que ocasione con un mes adicional de servicio por cada diez días de enfermedad.

"Firmado: Tung Chee. 14 *Octubre de 1872."*

LA UNIFICACION

Combate de la torrecita con varias unificaciones

Hacemos esta sencilla pregunta a los obreros de la capital, que pueden respondernos:

¿Por qué, en vez de adelantar los gremios que se han unificado — los pintores, los obreros en calzado etc. —, han retrocedido, y no sólo han retrocedido, sino que algunos se han desorganizado?

La cosa debe tener alguna explicación; y si bien la disminución del trabajo puede ser una causa, ella no basta para explicar cómo un gremio unificado, que ha conseguido reunir con un solo fin las tendencias, puede luchar con menos ventaja, con menos acción en general y con más malos resultados, hasta para mantener los cuadros del propio sindicato, que cuando estaba dividido.

Nosotros tenemos, como punto de estudio, la fracción de nuestra tendencia, la cual era en esos gremios la mayor; y es indudable, a menos que quiera ponerse en duda la realidad que los obreros conocen muy bien, que luchaba con más ventaja, con más acción en general, hasta con mejores resultados, que posteriormente esa misma fracción, representante de la mayoría del gremio y del alma más rebelde de él, en el sindicato unificado.

Preciso es que haya otra cosa, una cosa capaz de producir este resultado, y ella debe estar en la misma unificación.

Como versamos sobre hechos — y en esta cosa es muy importante versar sobre hechos, pues ellos tendrán lugar en definitiva —, no puede acusársenos de versar sobre afirmaciones arbitrarias, hijas solamente de nuestra opinión. Los hechos están ahí, que ninguna palabra podrá destruir, en las uniones realizadas, en las tendencias conciliadas, en la armonía de la familia obrera al fin lograda. Y, como no hemos querido equivocarnos, ni proceder por nuestra cuenta en un asunto de esta naturaleza, hemos interrogado a un buen número de compañeros nuestros, militantes de las organizaciones obreras, que los han experimentado, quienes nos han resumido su impresión con las siguientes palabras:

"Somos más impotentes hoy que ayer; estamos más divididos hoy que ayer, con la diferencia que hemos introducido la división en la fracción de nuestra propia tendencia, que ha perdido mucho de su antiguo valor como fracción revolucionaria que orientaba más allá al gremio, en el sindicato unificado. Por lo tanto, puede contarse menos con nosotros para las acciones de cierta naturaleza, que siempre pondrán de relieve, en las organizaciones que las ejecuten, una aguda mirada, superior al sindicalismo.

"Nos devora la guerra intestina, mientras que antes la hacíamos afuera y nosotros permanecíamos unidos, presentando un frente firme, tanto a ellos como al burgués y el Estado. Muchas de las más altivas acciones han pasado al recuerdo de lo que no existe, y hasta como contrarias al sindicalismo y a la unión. Estamos más mal hoy que ayer; valemos menos hoy que ayer. El gremio está más debilitado; nos amenaza la desorganización. Somos menos que antes una esperanza de reacción revolucionaria ninguna, y en cambio nos vamos hundiendo en el corporativismo reformista, que es el blando terreno que pisa la unión.

"Estamos desengañados de la unificación, la cual no ha servido siquiera para contener la desorganización, para mantener las fuerzas que le han sido aportadas, principalmente, por la fracción de nuestra tendencia. Convenimos que la unificación es una cosa buena, sólo para convertir las fracciones revolucionarias al reformismo, y las uniones al corporativismo.

"Hemos hecho el juego de los otros, desprendiéndonos del nuestro neciamente. Hemos perdido la posibilidad del sindicalismo anarquista, el cual existe luchando hasta en Rusia, y nosotros debimos mantener aquí; mientras ha cobrado cuerpo, contrario de él, el reformismo, como terreno de unión y conciliación de las tendencias, lo cual es un verdadero fracaso para el movimiento obrero revolucionario que durante tantos años existía en la región."

El corporativismo es el espíritu de cuerpo, y cuando este espíritu de cuerpo es invocado contra las ideas, es una cosa reaccionaria. Los obreros deben tener en cuenta la experiencia que resulta de unir tres hermanos, uno de los cuales era anarquista, es decir, la nota discordante de la familia, que traía sobre sí a la policía y mantenía en perpetuo temor o sobresalto a los hermanos, cuando sobre este hermano discordante, ha podido obrar el convencimiento de los otros, de que debe responder al espíritu de cuerpo de la familia, y no a sus camaradas o sus ideas. Esta resultará una unión corporativa, con tantas menos esperanzas de aquel hermano que era nuestro camarada, cuanto más estrecha o abstonada sea la unión con sus hermanos. No se dirá solamente: "se dejó absorber por la familia"; se dirá, con más justeza: "se dejó *vencer* por la familia".

Tal es lo que pasa con la unificación: la unión con la familia, es el espíritu de cuerpo invocado contra aquel hermano que es la nota discordante: el anarquista. Y aquí no se trata de un solo hombre, sino de gremios o agrupaciones enteras. Luego, es contra ellas. Luego, es una cosa reaccionaria. No es sino la maniobra bien calculada, de volver al buen camino, con una plataforma corporativa, que deberá ser respetada sobre todo por él, a aquel hermano que era la nota discordante... ¡y revolucionaria, hermanos, completamente apegada a nuestro corazón, y que nuestra concepción de anarquistas desea no sólo no ver extinguida, sino repetida, reproducida al infinito, en todas las agrupaciones y todas las familias!

En la circular informativa del diario corporativo "El Trabajo" que va a aparecer defendiendo a la corporación contra el hermano discordante, al espíritu de cuerpo contra el espíritu anarquista, que tan necesario es esparcir, difundir más, se exponen las bases de su plataforma corporativa: la unión será prestigiada sobre bases revolucionarias, antisociales y *apolíticas*. Prescindiremos de los dos primeros puntos; el tercero significa sacrificio del anarquismo, como en la plataforma corporativa que pueden presentar, en la familia, los dos hermanos, que quieren volver a ellos a aquel hermano que los desolaba con su nota discordante: su anarquismo.

Luego, ya éstos toman el tono de mando con su hermano anarquista vencido; la circular dice: aceptada la plataforma corporativa, todo el mundo deberá acatar la soberanía absoluta del Congreso de Unidad. Es decir, se reproduce lo que nos dicen los gobernantes hoy: elegidos tus mandatarios o diputados, pero una vez hecho, acatarás la soberanía absoluta de tus mandatarios parlamentarios; que es decir, perderás toda libertad. Luego, tomarán también el ejercicio de la autoridad. "Combatirá despiadadamente la falta de disciplina y cohesión en las batallas del proletariado"; que es decir, combatirá los actos del anarquista o de los proletarios que hoy tenemos por revolucionarios.

Y a nosotros nos basta comprender que tales actos deben ser apoyados, porque ellos constituyen una acción real y efectiva del proletariado. Una miradita a las firmas de esta circular, nos da a conocer que, al contrario de nuestra opinión, los actos de los obreros de la *Forestal* serán condenados, como otros actos idénticos. Y nosotros decimos que si no ganan nada estos actos, como los actos semejantes que producen los proletarios todos los días, desacatando la disciplina y cohesión que estos corporativos pretenden, no ganará nada tampoco la revolución. Esto es el corporativismo y nada más, y desde el principio se presenta como es, reaccionario de cuerpo entero. Además, el corporativismo no puede ser, en la práctica, otra cosa que reformista, pues todo lo que quiera ser anarquista romperá el corporativismo, como lo ha roto necesariamente el anarquismo, y debe romperlo el hermano anarquista contra sus hermanos reformistas.

¿De qué es arma la unificación? Déselo el nombre que se quiera, es arma del corporativismo y el reformismo, pues tales son sus ideas, y contra una única cosa que se anhelaría no ver existir más: nuestra torrecita. Y como es contra ella todo el golpe o el mandoble, ha habido y hay más unificaciones de lo que parece. El campo es amplio para esto, pues unificarnos se puede unificarnos con todo. Hay quienes nos unificaron con la causa de los aliados primero, con la causa de Wilson después, si bien se han apresurado a rectificar sus unificaciones luego. Hay quien nos ha unificado con la dictadura, otros con el indulto o el parlamentarismo, otros con ciertos diarios como *La Montaña* o aun con la misma policía; la serie de las unificaciones es larga, y hasta se enlaza por un parentesco estrecho, siendo una unificación tras otra expuesta por el mismo individuo, siguiendo un juego continuo de a carta matada carta puesta. Pero todo es rechazado por nuestra torrecita, según la cual el obrero debe hacerse una idea de su causa con el menor error posible.

El Monopolio

Un caso por el que deben pasar la vista las organizaciones obreras

Vamos a llamar a la reflexión a los proletarios sobre un hecho que tienen ante los ojos, y que puede dar lugar a instruirlos grandemente acerca de lo que es el *monopolio*. Hace tres o cuatro años — el tiempo no importa —, la comisión de uno de los locales obreros en que tenía su asiento el mayor número de gremios, compadecida de la situación de una pareja de antiguos luchadores, y deseando ayudarles como compañeros, les concedió el derecho de establecer, dentro del referido local, un pequeño puesto de cigarrería, librería, venta de periódicos, etcétera, lo cual, sin ofender a nadie, les permitía a esos compañeros vivir como en el embrión de la sociedad nueva, en aquel ambiente, para ellos igualmente grato como bueno para establecer una cigarrería. Nadie se dió cuenta entonces que lo que se concedía era un verdadero *monopolio* en favor de dichos antiguos luchadores; pero la cosa se habría visto en su verdadera gravedad, si otros luchadores, de iguales méritos y en igual situación, hubieran solicitado también el permiso de establecer otras cosas para los obreros que concurrían al local, que podían ser desde la peluquería hasta la tienda o la zapatería, lo cual habría advertido de la amenaza de un partido fuerte de *monopolios*, dentro mismo de los locales donde se incuba la sociedad nueva. Esto sería dejar penetrar la serpiente en el nido.

Dejando aparte que los méritos revolucionarios, de cualquier clase que sean, no deben servir para convertirnos en *aprovechadores* de la revolución, ni aun para obtener el monopolio de venderles cigarrillos a los obreros en sus locales, que podrían ser muchas más cosas mañana, si éste fuera el criterio de lo que habíamos de obtener los revolucionarios, una cosa resulta cierta para todos los obreros que concurren a los locales y anhelaran tener una completa libertad en ellos: que este monopolio es fuerte, que es ya una institución que costará demoler, que tiene ya un derecho adquirido dentro de los locales obreros, el cual aumenta cada día que pasa, al punto que es superior a cualquier obrero que concurra a los locales, y aun puede trabajar para derribar la misma comisión. Esta es la característica del *monopolio*: adquirir un derecho contra los mismos que lo concedieron; luego este derecho es más fuerte que ellos, y al fin los manda y los domina, como lo vemos en la sociedad burguesa. Sólo se hace lo que quiere o manda el *monopolio*; el derecho es de éste totalmente. Llegado a este punto, es excusado decir que la serpiente habría devorado nuestro embrión de sociedad nueva; seríamos simplemente juguete del *monopolio* que adoptaría todos los tonos o se estampillaría con todos los partidos para que trabajáramos para él. Por pequeño que sea, y por aparentemente inocente y buen muchacho, el *monopolio* es la serpiente en el nido. Debemos arrojarlo.

Algunos obreros han querido reaccionar contra esto, pero encuentran que ya es más fuerte que ellos, que es una institución el *monopolio*. Las comisiones se ven igualmente contenidas de obrar, porque advierten que el *monopolio* trabajará contra ellas a fin de poner otras que sean favorables a él. Es ridículo esto, y obreros y comisiones deben ponerle término, pues arrostramos nosotros el primer paso: aquel que ha de atraernos la irritación del monopolio. Ahora ya está hecho; los locales pueden ser libertados...

Un asesino de profesión corre menos riesgos de morir que un minero. Una Compañía de Seguros para asesinos y obreros mineros podría pedir a los primeros una prima inferior a la que tuviera que exigir de los segundos.

MOLINARI.

Esta torrecita es la concepción anarquista que permanece y que se ha defendido ensamente bien contra tanta unificación, al punto que infinidad de unificaciones han tenido que sacarle el sombrero, y todas tendrán que sacárselo a medida que el transcurso de los días diga que la torrecita tenía razón.

La realidad del Progreso

No es poco asombro el que causa la constatación del enorme camino que lleva andado el hombre en el dominio de la naturaleza, en el aprovechamiento de los elementos sometidos a su inteligencia. A poco que se considere el grado de progreso — llamémosle así — a que se haya llegado en una época cualquiera, aunque sea bastante próxima a la presente, y se lo compare al grado de progreso alcanzado en la actualidad, la diferencia que se constata produce real asombro. Pero si asombro causa comprobar el avance enorme del progreso, y la diferencia que la rapidez de éste establece entre una época y otra, verdadera estupefacción es la que provoca en el pensador desprejuiciado, el criminal contraste entre el progreso alcanzado y la condición miserable en que vegeta la parte baja de la sociedad, sobre la cual descansa el basamento de todo ese brillante progreso.

El progreso, se dice, supera toda imaginación. En efecto, lo que no entrevieron siquiera en sueños los antiguos, es hoy una realidad, vista por todos ciertamente, pero gozada sólo por algunos: El hombre domina la tierra, en el agua y en el aire; tiene en sus manos, como Júpiter tonante en la diestra poderosa, los elementos naturales que desata a capricho; doma el vapor, el rayo y la electricidad. Esta es la realidad del progreso. Pero ¿hace feliz todo esto al hombre, llena de gozo su corazón por la libertad conquistada, el bienestar obtenido, y el contentamiento de todos en la alcanzada igualdad de todos los humanos, sin excepción, en un mismo derecho y en una misma satisfacción? No, no es ésta la realidad de la vida.

¿De qué vale haber llegado a tanta altura en el progreso de la humanidad, si todavía hoy gime en las bajas capas de la estratificación social, sometida a todos los privilegios y privada de todos los adelantos del progreso, la misma miserable, dolorida y angustiada humanidad laboriosa, que hace siglos erigió pirámides y crea hoy todas las maravillas del mundo? ¿Qué puede importar a los desheredados tanto progreso, si se considera que la enorme mayoría de los hombres, en los mismos países tenidos por más civilizados, no puede gozar de sus beneficios?

Es que todas las ventajas del progreso, todos los goces alcanzados, únicamente son para los poderosos, los ricos, a cuya prosperidad todo concurre con su contribución: el esfuerzo del músculo, la luz de la inteligencia, el fuego de las pasiones, cuyas creaciones son rendidas a los pies del señor, del amo, del que todo lo puede.

A la puerta de los palacios en tanto, cabe las riquezas acumuladas, cerca de los bienes que se desperdician, y que podrían ser la satisfacción de tantos séres, está extenuado, miserable y hambriento, aquel sin cuyo esfuerzo ninguna de esas riquezas fuera posible: el obrero. Todo ha sido producido por él, sobre su trabajo todo reposa, pero para él no hay más que la pobreza, como inseparable compañera, y todo su cortejo de penurias.

¡Ah!, ciertamente, el progreso de la humanidad ha sido considerable, enorme; se ha llegado a realizar lo insoñado, pero la verdad es que el explotado de hoy, si bien no tan miserable como el de la antigüedad, permanece siempre muy por debajo del bienestar de que gozaban los más primitivos privilegiados.

¿Debemos renegar por eso del progreso? No. Con progreso como sin él subsistirá la esclavitud mientras existan privilegios económicos y políticos. El mal no está, entonces, en el progreso, sino en el Privilegio. En él está el enemigo. Así lo han visto los pueblos que luchan por destruirlo, y alcanzado que sea su alto afán, se derramarán para todos los beneficios del progreso, se llenará de gozo el corazón de los hombres y será la alegría de una sociedad de libres y de iguales.

Luciano Asís.

"EL SURCO"

Este periódico de Iquique ha vuelto a aparecer, y, habiéndosele sido secuestrado el libro de direcciones, pide a las publicaciones afines la reanudación de relaciones.

El canje y la correspondencia de administración y redacción debe ser dirigida a Francisco Miranda L.—Casilla 41.—Iquique.—Chile.

Seis meses en Rusia

Por VILKENS, carpintero organizado

"La libertad a los anarquistas"

El secreto del éxito de Makhno

El domingo 24 de octubre de 1920, en el local del sindicato obrero anarquista de Moscú, calle de Bolchoi-Tchernitchewsky 18, debía tener lugar la reunión habitual de los comités de esta organización, seguida de una conferencia de Voline sobre el proyecto de declarar ejército a las partidas de Ukrania.

Al principio de la conferencia, los policías de la *Tcha-Ka* hicieron irrupción en el local, llevando una orden de registro y un mandato de arresto a nombre del camarada Tchubenko, el lugarteniente de Makhno, que en virtud de convenciones recientes, había sido puesto en libertad algunos días antes. Los corredores y la calle estaban llenos de *Tchekistas* (policías), que detenían a todos los que llegaban al sindicato, o aquellos que hablaban con el inquilino, camarada Pabloff.

Como Tchubenko no estaba, el comisario de los *Tchekistas* declaró que, a fin de verificar los papeles y los documentos tomados, se veía obligado a conducir a todo el mundo a la *Tcha-ka*.

Así fué hecho. Los *Tchekistas* dejaron algunos de los suyos en el local del sindicato, con el fin de arrestar al camarada Maximoff; y este recurso entregó aún a la policía diez camaradas venidos por asuntos diversos.

En total, 75 personas se encontraron en la *Tcha-ka*, y comprendido el camarada Maximoff, llegado a las 7.

Groseramente tratados, fueron encerrados en un pequeño calabozo donde se asfixiaban.

Reclamaron verificación de papeles y liberación. Se les prometió. Al otro día fueron libertados veinticinco camaradas. Los cincuenta restantes quedaron en la *Tcheka*.

Los detenidos se negaron a toda alimentación.

Las protestas, las reclamaciones de los establecimientos donde trabajaban los obreros arrestados, hicieron que al cabo de una semana se libertara a otros. Pero, diez y nueve sindicalistas continuaron en prisión. Ellos continuaron la huelga de hambre; por toda respuesta se les condujo al hospital de la prisión.

Los camaradas Voline, Schapiro y Freidline fueron a ver al ciudadano Sampsonoff, miembro del *Presidium* de la *Tcha-ka*, que reemplazaba al presidente Dzerschinsky, ausente. Este ciudadano les manifestó que en el calabozo de los arrestados, *se habían encontrado, rotos, pedazos de documentos comprometedores*, de donde se veía imposibilitado de libertarlos, aun bajo la garantía de los camaradas libres.

Los camaradas Meyer y Goldemberg vinieron de Petrogrado a reclamar la libertad de los arrestados, fundándose en la gravedad de su estado, resultado de la huelga de hambre. Sampsonoff, les respondió calmosamente:

—"¡Y bien! Que rechacen la alimentación si les parece. Eso no nos interesa."

Y ni uno solo fué libertado.

El 1º de diciembre se realizaba el congreso sindicalista-anarquista de Kharkow, legalmente autorizado: todos los delegados fueron arrestados en masa, y algunos conducidos a Moscú, donde fueron reunidos a los camaradas precitados.

Hagamos notar que en la fecha del 26 de octubre que fué llevado a cabo el golpe de fuerza contra los sindicalistas de Moscú, hacía exactamente *ocho días* que Bela Kun había firmado las convenciones con Makhno, que establecían:

"Liberación inmediata y cesación ulterior de toda persecución en el territorio de la república de los soviets, para todos los makhnovtsi y anarquistas, excepto los que hicieran una lucha armada contra el gobierno de los soviets". Y, además: "Agitación y propaganda enteramente libres, por la palabra y por la prensa, de sus ideas y principios, a los makhnovtsi y anarquistas".

Lo que prueba que los bolsheviques hacen poco caso de su firma, cuando se trata de los elementos revolucionarios.

El secreto del éxito de Makhno

Makhno había llegado a tener todas las simpatías de los campesinos de Ukrania. ¿Por qué? Desde luego, porque todos conocían su pasado revolucionario, su consagración actual, sin ningún fin personal, a la defensa del ideal libertario, al cual entreveía posibilidades de un desenvolvimiento ilimitado, sin la sumisión exigida por el régimen de los bolsheviques.

Todos habían visto que la familia de Makhno, sus padres, sus hermanos, habitaban siempre la misma casa, en Goulaia Pola; trabajaban la tierra para vivir, como sus vecinos, aunque Makhno se hubiera hecho fuerte. Paralelamente, veían a los comunistas de las ciudades, una vez subidos al poder, aprovecharse escandalosamente.

Los combatientes del ejército de Makhno eran campesinos, combatiendo por el sistema de partidas. Cuando las fuerzas enemigas le eran superiores en número, los *makhnovtsi* se retiraban a sus aldeas, transformándose en pacíficos campesinos. Los ejércitos regulares se encontraban así en la imposibilidad de copar al ejército de las partidas.

Cuando en sus marchas a través de la Rusia meridional, se encontraban agotadas las provisiones, el ejército de las partidas, entrando en la primer aldea que se encontraba al paso, solicitaba alojamiento y provisiones; si se le negaba, no insistía y se iba; pero esto ocurría muy raramente.

Con los campesinos ricos — los *Koulaks* —, es preciso reconocer que Makhno no era muy suave: en muchos casos, les tomaba por la fuerza una parte de las cosechas, para distribuirla según las necesidades de sus tropas y de los campesinos pobres.

Con los comunistas no tenía tampoco muchos miramientos; como sus mejores partidarios habían sido fusilados por ellos, así como su mujer, fusilaba, por represalia, todos los comisarios y burócratas, a razón de diez comisarios y burócratas por un anarquista.

El programa de Makhno era éste: abolir el parasitismo, disminuir la burocracia, suprimir la máquina de los comisariados, descentralizar a *outrance*. Y para llegar a esto, pedía solamente la absoluta libertad de propaganda y de elección a los soviets. Su grito de batalla era: *¡viva el soviet libre!*

Vilkens.

La liberación de la mujer

La mujer es el alma de un hogar extenso: el mundo; la madre de una familia numerosa: la humanidad. Ella debe velar por el engrandecimiento de ese hogar, por la salud física y moral de esa familia. El alma, es decir, el espíritu capaz de animar, de iluminar ese hogar, ha de ser excelsa y sólo puede asilarse en el pecho de una mujer libre. Pues para que esta madre cumpla su función, no solamente se requieren condiciones físicas, tales cómo la salud, sino también, y esto es importante, condiciones morales e intelectuales, pues ella es la primera depositaria de las ideas y de los sentimientos de la humanidad futura: la infancia. Sobre ella cae la responsabilidad de su destino. Es grande la responsabilidad de la mujer y magna su función. Preciso es hacer grandes esfuerzos para estar a su altura.

Todas las mujeres saben, o a lo menos debieran saber, que la educación que hoy reciben no les proporciona la capacitación que les es necesaria. Deben saberlo para que procuren completarla y perfeccionarla, siendo que de eso depende la salvación de los preciosos intereses de la humanidad que están en su mano. Ellas deben completar su educación, bruñirla, perfeccionarla. ¿Cómo? Muy sencillamente, con medios que se encuentran en su mano: estudiando, pensando, de lo cual hoy poco se ocupan las mujeres y que no obstante es de suma importancia para ellas.

La posición de la mujer en la sociedad es, hoy como ayer, miserable, horrible. Esta posición es falsa y artificial. Siendo falsa y artificial, ¿cómo es posible que se haya mantenido en pie durante tanto tiempo? Por la causa suprema, la engendradora de todas las infelicidades: la ignorancia y el egoísmo, cosas ambas que hay que destruir, pues ellas son las que esclavizan a la mujer.

Hay que destruirlas y nadie que se diga amante de la justicia y la libertad puede negar su apoyo para conseguirlo, pues no es posible decirse tal y al mismo tiempo no cooperar a la destrucción de la mayor injusticia social: la esclavitud de la mujer.

Pero, ¿es que las mujeres deben esperar a que otros vengan a realizar el trabajo que a ellas corresponde? Las mujeres han de pensar que la libertad no es una cosa que se pueda conceder o que otros puedan conquistar para los demás; que no hay que buscarla fuera de uno mismo, porque no existe, no es sino vano espejismo, ilusión; jamás realidad. La libertad real, viva, está en nosotros. Empecemos, pues, a buscarla, o lo que es lo mismo, a conquistarla. Ella ha de ser amasada con las savias del cerebro y el fuego del corazón. Ella ha de ser nuestro triunfo.

La obra libertadora, de purificación, para ser eficaz ha de empezar por uno mismo. Procuren las mujeres librar a su cerebro y a su corazón de todos los prejuicios y de todos los odios. Que sólo se asile en ellos la razón y el amor; pues lo que el amor y la razón levantan es lo perdurable, lo eterno, lo único digno de triunfar. Cuando las mujeres se den cuenta de esto y lo consigan, su liberación será una realidad y con ello la humanidad habrá avanzado un paso gigantesco. El poderoso obstáculo que detiene al hombre en su ascensión y el que desvía al niño habrán desaparecido.

Queremos ser libres, mas nuestra libertad se diferencia de la de todos aquellos que atropellan todo para satisfacerse y caen al fin esclavos de sus pasiones, en que la queremos plena de justicia y humanismo. Por eso queremos que sus beneficios alcancen a todos. Porque son pocos los que gozan de ella y si continúan creyendo que con la adquisición de su libertad económica han alcanzado la meta anhelada, no la gozarán jamás; por eso luchamos.

Muchas son hoy las mujeres que gozan de los beneficios materiales que brinda la sociedad, mas de lo que raramente gozan es de los beneficios espirituales. Estos son del dominio exclusivo del hombre. Las mujeres no parecen apresurarse gran cosa por tomar su parte; aspiran a elevarse a su nivel y no procuran formar parte del vasto reino del espíritu. Sin embargo, éste está a su mano y sólo les falta voluntad para saber buscarlo y encontrarlo.

Las mujeres que aspiran a la libertad, no deben olvidar ni desdeñar esto. Hay que perfeccionarse, hay que purificarse, para poder ser libres y para poder contribuir a que los demás lo sean.

Las horas que tengan libres del trabajo, las que no absorva el cuidado de la organización y del hogar, las mujeres que quieran ser libres, deben dedicarlas al estudio y a la reflexión. El estudio es un placer, una expansión para el espíritu. Estas eran las horas que los antiguos decían dedicar al ocio y que según un pensador "era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica".

Si las mujeres buscan su libertad por este camino, hallaremos, quizá, lo que hace tiempo está perdido: la luz de nuestro hogar, la dulce madre de la humanidad.

María Alvarez.

Montevideo.

La actitud de la III Internacional hacia los anarquistas

Hay todavía, entre muchos compañeros nuestros, incertidumbre sobre la posición a tomar hacia la III Internacional. Bien que sean evidentes las razones de principio que nos alejan de ella, sin embargo el temor de favorecer con una oposición demasiado abierta a los opositores burgueses y social reformistas, que combaten a la III Internacional no por lo que ésta tiene de democrático y de autoritario sino por lo que contiene de revolucionario y por la influencia que ejerce sobre la masa, empuja a algunos compañeros a descuidar los lados que nos separan de la Internacional moscovita.

Algún otro, aunque viendo muy bien que si nos dejásemos arrastrar por la corriente bolchevique, en breve el movimiento anarquista desaparecería, y los anarquistas renegarían de sí mismos, propiamente en lo que constituye su principal razón de ser, espera conseguir no hacerse absorber por el naciente partido bolshevique, sino más bien explotar el prestigio en pro de la revolución, con la idea de obrar por sí a un cierto punto y desobedecer a los jefes comunistas, con la idea, esto es, de desalojar a continuación al partido comunista, arrastrando masas, sobre las cuales entretanto habrá adquirido un cierto ascendiente, hacia una realización lo más anárquica posible de la revolución.

Ambas preocupaciones son justas en sí. Pero el doble fin de no hacer el juego de la burguesía y del social-reformismo y de cooperar a la revolución comunista para imprimirle la dirección más libertaria posible, será tanto más y mejor obtenido cuanto más y mejor evitemos las contradicciones y las confusiones de ideas, cuanto menos nos ilusionemos de ilusiones, cuanto mejor y más claro y a todos visible sea aquello que nos une a los comunistas, sobre lo cual podremos cooperar con ellos, y aquello que nos divide, sobre lo cual no deben hacerse ilusiones ellos de tenernos de consentidores.

Hace ya más de un año que la polémica sobre la "dictadura proletaria" se ha agotado en el campo anarquista, y la generalidad de los compañeros conviene en reconocer la absoluta incompatibilidad — y en esto el mismo Lenin está objetivamente de acuerdo con nosotros — entre el anarquismo y toda idea de dictadura revolucionaria y de comunismo autoritario.

Hoy no es más la cuestión general, teórico y práctica, la que apasiona a los compañeros. Las últimas reminiscencias, los últimos vestigios de la escarlatina dictatorial, que dos años hace corrió de piel en piel entre nuestras filas, se manifiestan ahora en la incertidumbre sobre la actitud a tomar hacia la III Internacional de Moscú. Esta incertidumbre, entre ciertos elementos nuestros, ha sido estimulada por el hecho de que el Comité de la III Internacional ha declarado que las puertas de ésta están abiertas también a los anarquistas. Pero es necesario notar en seguida que no se trata de los anarquistas, grupos, federaciones o uniones anarquistas propiamente dichas, sino de organizaciones obreras abiertas a todos los trabajadores, que tienen una orientación más o menos libertaria (Unión Sindical Italiana, Confederación Nacional del Trabajo, española, Unión Libre de los Sindicatos Alemanes, Federación Obrera Regional Argentina, etc.) o de las cuales son exponentes los anarquistas.

También en este sentido la admisión de los anarquistas en la III Internacional, además de estar subordinada a las condiciones de obediencia a las órdenes del Partido Comunista, es motivada en tal modo que ella podría ser traducida con estas palabras: los anarquistas serán admitidos en la III Internacional, con tal... que cesen de ser anarquistas. En efecto, la primera condición es la aceptación de la "dictadura proletaria", y esto es, de la dirección autoritaria y estatal de la revolución.

León Trotski escribía desde Moscú, el 21 de julio del año pasado, a un sindicalista francés, que "quien bajo pretexto de anarquismo no admite el fin de la dictadura del proletariado, no es un revolucionario, sino un pequeño burgués; y para éste no hay lugar en la III Internacional". También Lenin más veces, en el pasado, ha tratado despectivamente al anarquismo como una manifestación burguesa o pequeño-burguesa.

Sin embargo, cuando Lenin y sus amigos han advertido que el elemento anarquista constituye todavía una fuerza, y que, por ende, él puede dar una utilidad revolucionaria, entonces han comenzado a hacer excepciones en su favor. Respondiendo Lenin, en julio o agosto de 1919, a una carta de un revolucionario inglés, a un cierto punto se expresa así: "Muchísimos trabajadores anarquistas se vuelven ahora sinceros adherentes al régimen de los Soviets; y si es así ellos son nuestros mejores compañeros y amigos, los mejores revolucionarios; solamente por un malentendido eran enemigos del marxismo, porque el socialismo oficial de la Segunda Internacional (1889-1914) fué infiel al marxismo, cayó en el oportunismo y desnaturalizó las doctrinas de Marx..." etc.

Lenin no se da cuenta que los anarquistas pueden muy bien ser partidarios de un régimen de los Soviets, esto es, de un régimen en el cual el proletariado por medio de sus consejos regule por sí mismo su vida, la producción y el consumo, etc., entendiendo los Soviets como asociaciones de libres productores, sin admitir absolutamente por esto la dictadura, que es un gobierno que se sobrepone a los Soviets y les quita toda libertad de acción y de desarrollo. Lenin se refiere a aquellos anarquistas que se decían tales "por malentendido", que militaban en las filas anarquistas sólo por impulsividad revolucionaria, y por reacción contra el oportunismo reformista, y no por haberse formado una real convicción anárquica sobre la dirección libertaria de la revolución y sobre la organización libertaria de la futura sociedad comunista.

En otras palabras, Lenin dice: Existen anarquistas que hasta aquí se han creído tales, y tal vez lo creen todavía, pero en realidad no lo son, ya que aceptan la idea de la dictadura; a esta especie de anarquistas abrirá también las puertas! — En este sentido él tiene perfectamente razón; pero cuando nosotros discutimos de anarquía y de anarquistas, en relación a la III Internacional, no nos referimos a este anarquismo "por malentendido", sino a aquel que únicamente tiene derecho a tal nombre por ser contrario a toda forma de autoridad estatal o dictatorial, tanto en el fin como en los métodos.

La admisión de los anarquistas, o mejor de las organizaciones obreras, guiadas por anarquistas, en la III Internacional, tiende evidentemente a arrancar tales organizaciones a la influencia anarquista. Esta influencia es considerada un mal por los dirigentes de la III Internacional. "Vosotros favorecéis, con vuestro oportunismo, la táctica anarquista", reprochan ellos a los maximalistas... impuros italianos.

"El Partido abandona en algunas localidades las masas en las manos de los anarquistas, [illegible] así al peligro de perder la propia autoridad"—deploraban Lenin, Bukharin y Zinoviev en una carta de la Internacional Comunista a los socialistas italianos, el 27 de agosto de 1920. Más adelante ellos agregaban que los proletarios de la Unión Sindical están [illegible] más vecinos a ellos que los reformistas, pero no dejaban de precisar que esos proletarios siguen a los sindicatos dirigidos por los anarquistas por error o por ignorancia; y que después de haberla terminado con los reformistas se podrá vencer al anarquismo. En resumen, siempre según ellos, avecinar a las masas orientadas hacia el anarquismo para [illegible].

¿Qué significa querer iluminar sobre sus errores a las masas orientadas hacia el anarquismo, sino considerar al anarquismo como un error, y tratar de arrancar a los anarquistas toda influencia sobre ellas? Ahora, [illegible] que los anarquistas, que [illegible] precisamente porque [illegible] en error, faciliten al partido comunista [illegible] tentativa de absorción y de [illegible] de todo el trabajo y la propaganda de [illegible].

En el Boletín Comunista de París, del 30 de diciembre de 1920, Antonio Coen, hablando del movimiento de Italia, reconoce que "los anarquistas tienen sobre el proceso revolucionario conceptos con los cuales los comunistas no pueden estar de acuerdo". Según Coen, el movimiento en Italia tiene el deber de [illegible] aquel espíritu de anarquismo que a Lenin [illegible] en los comienzos de la República de los Soviets.

Nosotros creemos, al contrario, que está en el interés de la revolución difundir lo más que sea posible el espíritu anárquico, de desobediencia y de revuelta contra toda disciplina obligada y coercitiva, el [illegible] de toda dictadura, cualquiera sea su nombre.

Afortunadamente, en la Europa Occidental esta propaganda nos es facilitada por la índole de la población, por la inteligencia de la clase obrera, por el amor a la libertad, profundo sentimiento desarrollado en nosotros por una evolución secular a través de diez revoluciones. Lenin lo llama, dicen, un "prejuicio burgués", según una interpretación marxista suya. Pero en realidad se trata de una [illegible] necesidad de la naturaleza humana, [illegible] tan fuerte como la necesidad del pan y del amor.

Un juicio de que se [illegible] en el mundo anarquista propiamente dicho, sino también en medio a las organizaciones sindicales de [illegible] más avanzada, [illegible] de libertad está tan desarrollado, de oponerse a la tentativa de absorción y de monopolio de los dirigentes de la III Internacional comunista, lo hemos tenido en un [illegible] sindicalista internacional ([illegible] de los sindicatos del tipo de nuestra Unión Sindical Italiana) en Berlín, donde la mayoría de los concurrentes ha expresado su parecer contrario a toda especie de dictadura política. El convenio se ha atrincherado, de frente a la Internacional moscovita, en una especie de [illegible] espera, también por deferencia a los méritos indiscutibles de la revolución bolchevique; pero desde ahora ha hecho comprender que si la proyectada Internacional Sindical debiese ser organizada sobre los mismos sistemas autoritarios y centralizadores de la Internacional del Partido Comunista, no se hará nada. Por lo menos las organizaciones revolucionarias existentes, sea de la Europa Occidental, sea de América, no adherirán, y probablemente formarán una Internacional aparte.

Todo esto es confortante. Y sería bueno que los compañeros estuviesen al corriente del movimiento, como de la actitud de la Internacional Comunista de frente a los anarquistas (que nosotros hemos tratado de aclarar más arriba) para hacerse un criterio exacto de la posición recíproca de las dos corrientes del socialismo, la autoritaria y la libertaria, y de los límites dentro de los cuales es posible entre la una y la otra una fraterna cooperación, y fuera de los cuales es necesario, en cambio, batir cada uno el propio camino.

Catilina.

Febrero de 1921.

La sociedad entera descansa sobre el antagonismo de intereses. El interés del gobernante es contrario al del gobernado, el interés del patrón es opuesto al del obrero, el interés del que vende contradictorio al del comprador. Existe aquí un dualismo constante entre el bien del rico y el bien del pobre. Y no es esto todo; hay un conflicto perpetuo entre gobernante y gobernante, patrono y patrono, obrero y obrero, vendedor y vendedor, pobre y pobre; y para resumir, hay aquí guerra sin cuartel, no sólo de clase a clase, de categoría a categoría, de grupo a grupo, de familia a familia, sino además de individuo a individuo, de la misma categoría, de la misma clase.

L. S. FAURE.

Contra los caudillos

No solo es malo el caudillismo por lo que conduce a la tiranía, sino más aún por los valores que disuelve en los demás, para sumárselos a sí. El caudillismo aglomera a los hombres hacia un fin, un punto de orientación, según sus vistas personales. Y todo lo subordina a ellas.

Los anarquistas, en cambio, queremos iluminar a los hombres en su destino, hacerles ver lo que son y lo que valen, afirmarlos como valores reales que han de hacerse valer por su propia acción, y no por la que determinen las miras personales de los caudillos. Aquello atrae más voluntades libres, mayores fuerzas a la causa de la revolución, que cuanto puedan hacer los caudillos, sumando a sí los valores personales que disuelvan en los demás que no tienen una personalidad fuerte que oponer a las sugestiones y el poder del caudillismo.

Esto señala, mejor que otra cosa ninguna, la diversidad fundamental entre los medios anarquistas y los medios marxistas. Mientras los anarquistas procuran, con la acción, la propaganda y el ejemplo, inspirar su ideal a los hombres y a las masas, y ganarlos a su causa por el convencimiento; los marxistas, están atentos solamente a ganarse la adhesión de los jefes, los caudillos, por que creen que los grandes agitadores de pueblos lo han sido por lo que arrastraron, sugestionadas, a las multitudes.

Los 21 puntos de Moscú imponen a sus partidarios la conquista de los puestos directivos en los gremios. Esto es muy socialista, pues apunta a los caudillos. Los anarquistas, en cambio, vamos a los obreros, a propagar y accionar entre ellos, convencidos de que así únicamente, por el esfuerzo de abajo, podrá levantarse una obra efectiva.

Con el caudillismo podrá irse, es cierto, a la insurrección, al choque violento; pero no a la libertad.

Y nosotros no solo queremos llegar a la insurrección, sino, sobre todo, a la libertad.

Hagamos, entonces, guerra al caudillismo.

Derecho negativo

El derecho burgués es un derecho negativo. Niega al hambriento, al desnudo y al desamparado, pan, ropa y vivienda. Se cierra contra los indigentes con una rotunda negación: No te alimentes ni te vistas con las cosas de mi propiedad; no ocupes las habitaciones de mi pertenencia. Y aunque los alimentos y las ropas sobren, y estén deshabitadas las casas, el derecho burgués niega siempre. Lo mismo, en cuanto a la tierra y los instrumentos de trabajo, el derecho burgués está ahí para negarlos al esfuerzo productor, para impedir que sus tierras se cultiven y sus instrumentos de trabajo se aprovechen.

Ese es el derecho negativo con el que tropiezan a cada paso los trabajadores, al encontrarse frente a las tierras incultas, negadas a su esfuerzo, frente a los alimentos, negados a su hambre, frente a las ropas y las habitaciones, negadas a su necesidad de abrigo y de vivienda, frente a los talleres vacíos y las máquinas inmóviles negadas a su desocupación.

Contra ese derecho negativo, afirmamos nosotros el derecho anarquista, que consagra para todas las aptitudes la libertad de emplearse con fruto, no dando dueños a la tierra, los instrumentos de trabajo, los alimentos, los vestidos y todas las cosas, que deben ser libres para que toda capacidad encuentre el medio de manifestarse, de trabajar, y no encuentre, en ningún derecho negativo, obstáculos a su natural expansión, obstáculos que hoy opone el derecho burgués.

Nosotros reclamamos que todas las cosas, desde la tierra hasta las habitaciones, desde los alimentos hasta los vestidos, desde las herramientas y las máquinas hasta los libros, sean libres, sin que pese sobre ellas ningún derecho negativo, sea el que la burguesía se atribuye a título de propietaria, sea el que se quiera atribuirse el Estado socialista a título de único propietario de todas las riquezas concentradas en él. Sólo así tendrán libre aplicación todas las actividades.

Hay que cuidar mucho no afirmar ni dejar afirmar en la revolución otro derecho negativo sobre el derecho burgués vencido, porque solo iría ello en daño de la libertad, y una vez más el derecho del pueblo, derecho anarquista, habrá sido relegado.

Contraste internacional

Entre las informaciones que nos suministra el cable por intermedio de los diarios burgueses, tropezamos con ésta, muy digna de consignarse: "En varias regiones de Bowhill y en uno de los centros de agitación de Fife Shire, los obreros en huelga decidieron no acatar las instrucciones de sus dirigentes y se trasladaron a ciertos pozos, obligando a los obreros que trabajan en el desaguamiento a abandonar el trabajo".

Se trata de los mineros ingleses, que desengañados de las componendas de los jefes del tradeunionismo, han asumido la única actitud que debían asumir todos los huelguistas para salir airosos de una lucha que, como las anteriores, acabará con las promesas que haga el gobierno inglés a raíz de las tramitaciones llevadas a cabo con los jefes del movimiento, para más adelante volver a las andadas... Las instrucciones, como es fácil comprender, no son otras que inducir a los huelguistas a desistir de la acción directa, con lo que conseguirán los pastores entregarlos mansamente y en las mismas condiciones, a los patronos y gobernantes. Y este resultado no será de extrañar, por cuanto, a pesar de la valiente determinación de los mineros de las regiones citadas, el rumbo que lleva el conflicto es idéntico a los anteriores. Así lo dejan entrever las noticias de la prensa capitalista.

El contraste que queremos dejar sentado, es el siguiente: mientras los obreros ingleses comienzan a sacudir el yugo de los tiranos que tan canallescamente los sojuzgan; cuando en Inglaterra, afortunadamente, los obreros dan señales de romper los lazos que los atan al pernicioso y tradicionalista sistema de organización que mantiene la escandalosa burocracia que castra sus rebeldías, aquí en la Argentina palpamos la inclinación a adoptar las tácticas políticas, esas tácticas que tan acerbamente han sido condenadas en las filas que acaudillan los dirigentes del décimo.

Y lo que deben evitar a todo trance los proletarios que están fuera del dominio de los truhanes del legaritarismo, es no caer en el grave error en que están los mineros británicos, porque sería un fracaso para ellos y un retroceso en la lucha.

La preocupación de los políticos

La mayor preocupación de los políticos, es mantenerse en las posiciones conquistadas, y hacer que el electorado los sostenga en ellas; y nada mejor para ello que hacer ver que para algo sirven, que no están demás, que su acción es de capital importancia para el país. Para crear esta ilusión en el pueblo, muy propenso a creer en esas cosas, los políticos se agitan, interpelan, hacen proyectos y gritan.

Para demostrar que no están demás es que las fracciones políticas del Congreso están en riña ahora, discutiendo los proficuos negocios realizados por el ministro de Hacienda en la cuestión del azúcar. Es necesario hacerse oír del pueblo, acreditando como buenas las gestiones ministeriales, unos, y atacándolas como delictuosas, los otros, que se afanan en aparecerse celosos de la pureza administrativa, para acreditarse ellos, socialistas y conservadores, ante el electorado.

Las pasiones partidistas chocan encarnizadamente, afanosos los políticos de atraerse el favor del electorado, abatiendo al adversario. Pero por encima de este afán, que pone de punta a unos contra otros, hay otro afán que los une: el de aparecerse útiles a los ojos del pueblo.

Pero todo será inútil; el pueblo está viendo claro, y a todos los políticos por igual los une en su desprecio.

En el Arsenal de Guerra

En este establecimiento se tiene secuestrado desde el 5 del corriente a Juan di Giorgi, quien desempeñaba el oficio de peluquero de los oficiales del Arsenal de Guerra. Interpuesto por la esposa del secuestrado el recurso de "habeas corpus", el jefe del Arsenal respondió al pedido de informes del Juez, manifestando que la detención de di Giorgi se debía a un castigo disciplinario de un mes de arresto que se le impuso por hacer propaganda anarquista entre la tropa. Para justificar esa detención, se arguye que di Giorgi está sujeto a los reglamentos militares.

Sujeto o no a las disposiciones y reglamentos militares, lo más probable es que se procure ocultar un delito secuestrando a la víctima, como se acostumbra siempre en esos casos en los establecimientos militares. Y si es cierto que di Giorgi fué sorprendido haciendo propaganda anarquista, podemos dar por seguro y no ya por probable, que por lo menos se le ha dado la paliza de rigor, cuyas huellas se trata de hacer desaparecer, ganando para ello tiempo con el arresto de un mes que se le ha impuesto.

Este no es un caso aislado. Muchos son los que ocurren, y muy frecuentemente sabemos de obreros que han sufrido palizas y los arrestos consiguientes por insignificantes cuestiones de trabajo. Y para librarse de ellos no queda más que negarse a trabajar en establecimientos como ese.

Notas varias y gremiales

F. O. L. C. DE LA PLATA

La F. O. L. Comunista, con los gremios que la integran y algunos autónomos que se han solidarizado para este acto, ha organizado una velada artística y literaria para el 30 de abril, a las 20.30, en el teatro Argentino.

El cuadro "Arte y Natura" pondrá en escena el drama "Madre Tierra" y Julio R. Barcos dará una conferencia sobre el tema: "Los tres esclavos de la civilización: el hombre, la mujer y el niño".

También esa Federación está preparando un acto público para el 1º de Mayo.

Nota.—El beneficio se distribuirá así: 50 por ciento para el Comité pro presos de esta ciudad y 50 por ciento para la propaganda de nuestras ideas.

A. C. A. DE OBREROS EN CALZADO

Habiendo resuelto esta agrupación editar un periódico para repartir gratis, con el fin de difundir los ideales comunistas anárquicos en el gremio, avisamos a los compañeros que quieran colaborar a dicha obra, manden las colaboraciones antes del 25 del corriente, para que puedan salir en el primer número.

"Integridad", que así se titulará la nueva hoja, aparecerá el 1º de Mayo.

En ella se expondrá con claridad la necesidad de que los sindicatos obreros adopten la finalidad social que sustenta la Fora comunista, que mereció a ella es que ésta ha logrado absorberle las fuerzas a la [illegible].

Hará todo lo posible por levantar la propaganda anarquista, que de un tiempo a esta parte viene siendo detractada por muchos que se dicen anarquistas.

Aquellos sindicatos, centros o agrupaciones que deseen algún ejemplar del citado periódico, sírvanse mandarnos la dirección.

Diríjase toda correspondencia a la calle Constitución 3451, Buenos Aires, a nombre de la agrupación.

Por la agrupación.—La Redacción.

S. OBREROS EN DULCE UNIDOS

A su beneficio y del Comité pro presos y deportados, esta sociedad efectuará el próximo domingo 17, a las 20, una función y conferencia, en el Salón Unione e Benevolenza, Cangallo 1362. El cuadro "Arte y Natura" representará el drama "Madre Tierra". La conferencia estará a cargo del compañero Cortes.

Entrada general: $ 1.50.

LIBROS

En italiano

La Rivoluzione soffocata dalle elezioni! por Guillermo Boldrini; folleto de 30 páginas	$ 0.75
Il processo Malatesta e compagni e altri processi; folleto de 110 páginas	" 0.80
Vittime Sociali, por Monteclaro; libro de 128 páginas	" 1.—

Notas Administrativas

A LOS PAQUETEROS Y SUBSCRIPTORES

Quienes reciban ejemplares o paquetes de LA ANTORCHA, deben expresarnos su voluntad de seguir recibiéndolos, pues de lo contrario les suspenderemos el envío.

PRO "LA ANTORCHA"

A. C., Banfield	$ 20.—
Lista No. 37	" 1.—

Nota. — Se pide a los poseedores de listas de subscrición, se sirvan devolverlas lo más pronto posible.

Recibimos:

P. M. M., Ciudad	$ 1.20
A. C., Avellaneda: por paquetes y subscripción de P. R., J. B., M. L. y L. M.	" 18.—
F., Ciudad: por paquetes y 3 subscripciones	" 16.40
T. P., Santa Fe	" 5.—
C. L., Los Hornos (Berazal)	" 1.20
V. R., Coronel Suárez	" 4.—
C., Quilmes	" 1.20
C. P., Ensenada	" 5.—
L. S., Rauch; por int. de T. O.	" 0.50
P., Sanford: por int. de T. O.	" 2.—
J. R., Las Rosas: por int. de Zucarelli	" 2.40
A. B., Espeleta: por paquetes y 7 subscripciones	" 10.40
P. G., Rafaela	" 5.—
J. R., Bahía Blanca	" 20.—
J. Y., Darregueira: No se recibió la cantidad que especifica en la carta.	

Advertimos a los compañeros que no remitan dinero en efectivo en las cartas, pues es sistemáticamente substraído. Son muchos ya los casos ocurridos, y es bueno que no continúen.

A LOS PAQUETEROS

Recomendamos apuren la liquidación de los paquetes recibidos, pues de otra manera, la Administración tropezará con dificultades para atender a los gastos del semanario.

A LOS PERIODICOS ANARQUISTAS DEL EXTERIOR

Les solicitamos la transcripción de la siguiente nota:

"La Antorcha", semanario anarquista que aparece en Buenos Aires, República Argentina, pide a los periódicos similes del exterior, que no tengan agentes en el país, el envío de un paquete de cinco ejemplares, por lo pronto, contra importe de subscripción anual, que se remitirá a vuelta de correo.

Dirección: P. C. Rebello. — Agüero núm. 360.—Buenos Aires. — República Argentina.